«Si salía tanto era porque...». Una experiencia de integración de destrezas

M.ª Pilar Hernández Mercedes
Instituto Cervantes de Nápoles

FICHA DE LA ACTIVIDAD

1. **Objetivos:**

   – Promover la integración de destrezas.
   – Ampliar el conocimiento de la realidad cultural española: conocer a un novelista / periodista de relieve.
   – Favorecer la creatividad de los alumnos.
   – Fomentar la expresión e interacción orales: hacer hipótesis, relatar, argumentar, negociar, etc.

2. **Nivel específico recomendado: C1 / C2 (MCER).**

3. **Tiempo: de 4 a 6 sesiones de clase.**

4. **Materiales: textos / fotocopias / Internet / diccionarios.**

5. **Dinámica: mixta / individual / parejas / grupo.**

1. INTRODUCCIÓN

Con motivo de la celebración del IX EPELE del Instituto Cervantes de Nápoles (junio, 2012), presentamos en estas páginas una unidad didáctica creada específicamente para el Curso de Perfeccionamiento 2011-2012 (para alumnos con un C1 como nivel mínimo) y llevada al aula en febrero del presente año.

Al interés que representó para los alumnos profundizar en el conocimiento de la figura y obra del novelista y periodista español Juan José Millás se suma el descubrimiento del género de los *articuentos* por todos ellos, sin excepción.

La unidad está diseñada con el objetivo de que las actividades planteadas sean actividades que favorezcan en la medida de lo posible la integración de las cuatro destrezas, con especial atención a la expresión e interacción orales.

Esta unidad se integra en un proyecto más amplio que consiste en la creación de materiales para un curso de perfeccionamiento de 60 horas de duración.

2. DESARROLLO DE LA ACTIVIDAD

PRIMERA PARTE

1) ¿Y quién es él?

A. ¿Has oído hablar alguna vez de Juan José Millás? ¿Qué sabes de él? Lluvia de ideas:

_____

_____

_____

B. Vamos a conocer algo más sobre este autor. Al transcribir el siguiente texto se han cometido algunos errores. ¿Podrías identificarlos y corregirlos? Para ello, tienes que consultar el siguiente enlace:
http://www.escritores.org/index.php/biografias/312-juan-jose-millas

> **Biografía**
>
> Nació en Valladolid en 1946, pero se trasladó a Madrid con su familia en 1952. Fue alumno del colegio Claret y realizó sus estudios universitarios en el instituto Ramiro de Maeztu. A mediados de la década de los 60 concluyó la carrera de Filosofía y Letras, en la rama de Filosofía Pura. Ha trabajado como marionetista, profesor, bibliotecario, interino de la Caja Postal de Ahorros y en el gabinete de prensa de Iberia.

En 1974 publica su primera novela, «Cerbero son las sombras», que le permite ganar el Premio Sésamo.

Influido por Dostoyevski y Tolstoi en sus inicios, su obra está poblada de personajes simples que de repente se ven inmersos en situaciones extraordinarias, que muchas veces lindan con lo fantástico: desapariciones, mundos paralelos, terribles angustias que pueden desembocar en la locura, la depresión, el crimen, la muerte.

Al principio de los años 80 comenzó su labor periodística en *El Mundo* y en más medios de comunicación. Hoy en día es difícil poner en primer término una de sus dos facetas como periodista o escritor, ya que por ambas actividades es una de las plumas más queridas y admiradas de nuestro tiempo por los lectores españoles y extranjeros.

Juan José Millás es el creador de los *articuentos*, escritos a medio camino entre el cuento y el artículo de prensa, que tratan de temas de sociedad, de situaciones, de reflexiones o de problemas provocados por los comportamientos humanos.

Toda la obra narrativa de Millás, con sus artículos a la cabeza, es un ejemplo perfecto de literatura crítica. El nombre de *articuentos* pretende subrayar su peculiaridad principal: se trata de artículos de opinión porque aparecen como tales en la prensa, no en balde se ocupan de lo que ocurre en España y en el mundo. Pero, por sus características, están más cerca de los textos de ficción, de la fábula o del microrrelato fantástico. Su objetivo es siempre mostrar el revés de la trama, lo verdadero y lo falso. El pensamiento, presentado a través del humor, la paradoja o la ironía, acaba por engullir la noticia, de modo que en su destilación final sólo queda una lúcida visión crítica de la realidad. A través de estos *articuentos*, Millás nos muestra una obra en permanente búsqueda de las formas más sutiles para articular lo real con lo irreal, empeñada en representar la realidad con la máxima eficacia posible, desvelando sus ocultos mecanismos y proporcionándoles un sentido del que carecían.

Sus obras han sido traducidas a ocho idiomas, entre ellos, inglés, francés, alemán, portugués, italiano, sueco, danés, noruego y holandés.

C. Con respecto al texto con el que acabas de trabajar, ¿cuáles crees que son los aspectos más destacables o cuáles son los que más te han llamado la atención? Toma nota a continuación:

_____

_____

_____

Tras una breve reflexión, se realiza una puesta en común.

D. Y hay aún más…

Si quieres información más detallada, consulta la página oficial del escritor:

http://www.clubcultura.com/clubliteratura/clubescritores/millas/cronologia.htm

E. Ahora te invito a ver un breve programa sobre el autor:
http://www.youtube.com/watch?v=13w085_Onm0

F. Toma nota y recoge aquí las ideas principales reflejadas en el vídeo:

_____

_____

_____

_____

_____

_____

_____

_____

_____

G. Reconstrucción oral de los contenidos del vídeo y puesta en común.

2) ¿Qué me cuentas?

Millás es un escritor polifacético. Para intentar conocer un poquito más su escritura, vamos a empezar trabajando con uno de sus relatos, «El hombre que salía por las noches»:

a) El profesor reparte a cada alumno una fotocopia con un fragmento del relato (al que previamente le habrá suprimido el final).

b) Los alumnos, tras haber escuchado el inicio leído por el profesor, leen a su vez y en voz baja el fragmento o fragmentos que les hayan correspondido.

c) Los alumnos, sirviéndose exclusivamente de la expresión oral, intentan ordenar el relato sin final.

d) Puesta en común: orden del relato.

Los materiales para llevar a cabo este apartado se hallan al final de este documento.

3) Total que…

Ahora vas a hacer hipótesis sobre posibles finales para el relato (el profesor te indicará si se trata de una tarea de expresión escrita para hacer en casa o, tras una

breve reflexión en parejas o pequeños grupos en el aula, de una tarea de expresión oral en el aula).

Puesta en común y comentario de las diferentes posibilidades de los finales propuestos:

¿Cuál te resulta posible? ¿Cuál más original? ¿Con cuál te quedarías?

El de _____ porque _____

El de _____ porque _____

El de _____ porque _____

4) ¡Qué cosas pasan!

A. ¿Sabías que existe una versión cinematográfica del cuento? Se encuentra en el siguiente enlace:
http://www.youtube.com/watch?v=9YKcJ7oJf3c

B. Después de haber visto el vídeo, responde a las siguientes preguntas:

¿Te esperabas ese final?

¿Cómo lo interpretas?

¿Crees que en vídeo queda bien reflejada la evolución de los personajes?

Puesta en común.

C. Pasamos ahora a la lectura en voz alta del final que le ha dado Millás a su relato.

Comentarios:

_____

_____

_____

5) Ahora me toca a mí

Como última actividad relativa al texto con el que hemos trabajado, te propongo ahora una tarea de expresión escrita:

> Imagina que, esta noche, escribes un correo a un amigo español o hispanoamericano al que le interesa lo que haces en clase de español y le resumes el argumento del texto con el que hemos trabajado. Háblale también de los

diferentes finales que se han propuesto y de la interpretación del texto que tú prefieres. Al final de tu escrito, ¿le aconsejas su lectura? (Intenta no superar las 150-200 palabras).

SEGUNDA PARTE

6) Arti… ¿qué?

¿Recuerdas la definición de *articuento* que hemos visto?

_____

_____

¿Qué opinión te merece este tipo de escrito?

_____

_____

¿Hay algún autor en tu país que haga algo parecido?

_____

Como mi intención es que simplemente te familiarices con este tipo de escritos, la actividad que propongo ahora es muy simple. En realidad, se trata de que leas, comprendas (veremos juntos las posibles dudas de léxico) y resumas brevemente dos textos (máximo 50 palabras). Después tienes que responder a estas preguntas en cada caso:

- ¿Te parece adecuado el título? ¿Tú habrías puesto otro? ¿Cuál?
- ¿Cuál es el mensaje que quiere transmitir el autor?
- ¿Qué critica pone sobre el tapete o denuncia?
- ¿Responde bien a la idea de *articuento* que te has hecho?
- ¿Hay alguna frase o pasaje que te parezca especialmente significativo? ¿Cuál?

Técnicas de mercado	Un caso de agobio
1.	1.
2.	2
3.	3.
4.	4.
5.	5.

Puesta en común.

Resumen de «Técnicas de mercado»:



Resumen de «Un caso de agobio»:



7) Y, por último: arti… tú

Después de todo lo visto hasta ahora, ¿te atreves a redactar un breve escrito al estilo de Millás en sus *articuentos*?

TERCERA PARTE (material complementario)

8) De novela…

Para que puedas analizar cómo construye el texto nuestro autor, aquí tienes el fragmento inicial de la obra *La soledad era esto* por la que obtuvo el prestigioso premio Nadal en 1990.

Completa el texto con la palabra que consideres oportuna según el contexto:

Uno

Elena estaba depilándose las piernas en el cuarto de _____ cuando _____ el teléfono y le comunicaron que su madre _____ de morir. _____ el reloj instintivamente y procuró retener la _____ en la cabeza; las seis y media de la tarde. Aunque los días habían comenzado a _____, era casi de noche por efecto de unas _____ que desde el mediodía se habían ido _____ en forma de techo sobre la ciudad. La mejor hora de la tarde para irse de este _____, pensó cogida al teléfono mientras _____ a su marido que, desde el otro lado de la línea, intentaba resultar eficaz y cariñoso al _____ tiempo.

—Yo paso a recogerte —dijo— y vamos _____ al hospital. Tu hermano ya está allí.

—¿Y mi hermana? —preguntó—. ¿Quién avisa a mi hermana?

—Acabo de _____ con su marido y vendrán esta misma noche en un avión que sale a las diez de Barcelona. No te _____ de las cuestiones prácticas. Arréglate y espera a que yo _____ por ahí.

Elena _____ el teléfono y se _____ en el sofá a digerir la noticia; con la mano derecha iba arrancándose las costras de _____ que endurecían la pierna correspondiente a ese _____ del cuerpo, mientras sus ojos paseaban por las _____ del salón sin registrar nada de _____ veían. Cuando regresó al cuarto de baño, la cera se había _____, de manera que _____ a depilarse la pierna izquierda. Se _____ la bata y se metió debajo de la _____ en una postura que sugería _____ desamparo, pero no _____ a llorar. Parecía así confirmarse una antigua _____ según la cual la muerte de su madre, cuando llegara a suceder, constituiría un trámite burocrático, un _____ que vendría a sancionar algo pasado, porque para Elena su madre estaba _____ desde hacía mucho tiempo.

Eligió unas medias oscuras para que no se notase que llevaba una _____ sin depilar y se puso una ropa interior algo provocativa que desmentía ante sí misma el duelo que intentaba expresar el oscuro _____ de chaqueta rescatado de las profundidades del _____.

Prefirió no maquillarse ni retocarse los ojos, pero se arregló el pelo _____ en la nuca la melena. No quería transmitir desolación, sino un desaliño que podría _____ a la prisa por salir de casa una vez conocida la _____. Dudó si darse un toque de carmín en los _____, pero finalmente decidió que tal como había quedado estaba bastante hermosa, aun cuando se tratara de una hermosura en _____ por la que habían pasado ya cuarenta y tres años, cuarenta y tres años que no habían logrado destruir el brillo de sus ojos ni corregir el gesto desafiante de sus labios. Se torció la falda para acentuar la _____ de urgencia y regresó al salón, donde _____ un porro que fumó junto al ventanal contemplando las oscilaciones de la luz.

Bueno, el texto alegre no es, pero es bastante sencillo, ¿no? ¿Te gusta su prosa?

Ahora, y para terminar, si crees que Millás te puede gustar como escritor, te invito a que vayas a la biblioteca del centro y leas algo suyo (tenemos casi todas sus obras).

3. CONCLUSIONES

Hemos recogido aquí las actividades tal como han sido llevadas al aula y las modificaciones y variantes surgidas durante su desarrollo.

La unidad didáctica ha tenido una excelente acogida en el grupo. Prueba de ello fue, además de los comentarios de los alumnos a lo largo de la unidad y en la puesta en común conclusiva, la evaluación de la unidad llevada a cabo por los mismos alumnos.

Invito a los profesores que tienen a su cargo niveles superiores y que no cuentan con materiales o libros de texto específicos que sirvan de guía para sus alumnos a que tomen en consideración la presente unidad didáctica, si no toda, al menos en parte, sometiéndola a las debidas modificaciones para adaptarla a las necesidades de sus propios alumnos.

4. ANEXOS

4.1. Enlaces utilizados

http://www.clubcultura.com/clubliteratura/clubescritores/millas/cronologia.htm

http://www.escritores.org/index.php/biografias/312-juan-jose-millas

http://www.youtube.com/watch?v=13w085_Onm0

http://www.youtube.com/watch?v=9YKcJ7oJf3c

http://www.youtube.com/watch?v=d_G8SaiOT8k&feature=related

4.2. Documentos primera parte

Texto 1. Biografía

Nació en Valencia en 1946, pero se trasladó a Madrid con su familia en 1952. Fue alumno del colegio Claret y realizó sus estudios preuniversitarios en el institu-

to Ramiro de Maeztu. A finales de la década de los 60 empezó la carrera de Filosofía y Letras, en la rama de Filosofía Pura, pero los abandonó en el tercer curso. Ha trabajado como marionetista, profesor, interino de la Caja Postal de Ahorros y en el gabinete de prensa de Iberia.

En 1974 publica su primera novela, «Cerbero son las sombras», que le permite ganar el Premio Sésamo.

Influido por Dostoyevski y Kafka en sus inicios, su obra está poblada de personajes corrientes que de repente se ven inmersos en situaciones extraordinarias, que muchas veces lindan con lo fantástico: desapariciones, mundos paralelos, terribles angustias que pueden desembocar en la locura, la depresión, el crimen, la muerte.

Al principio de los años 90 comenzó su labor periodística en *El País* y en más medios de comunicación. Hoy en día es difícil poner en primer término a una de sus dos facetas como periodista o escritor, ya que por ambas actividades es una de las plumas más queridas y admiradas de nuestro tiempo por los lectores españoles y extranjeros.

Juan José Millás es el creador de los *articuentos*, escritos a medio camino entre el cuento y el artículo de prensa, que tratan de temas de sociedad, de situaciones, de reflexiones o de problemas provocados por los comportamientos humanos. Toda la obra narrativa de Millás, con sus artículos a la cabeza, es un ejemplo perfecto de literatura crítica. El nombre de *articuentos* pretende subrayar su peculiaridad principal: se trata de artículos de opinión porque aparecen como tales en la prensa, no en balde se ocupan de lo que ocurre en España y en el mundo. Pero, por sus características, están más cerca de los textos de ficción, de la fábula o del microrrelato fantástico. Su objetivo es siempre mostrar el revés de la trama, lo verdadero y lo falso. El pensamiento, presentado a través del humor, la paradoja o la ironía, acaba por engullir la noticia, de modo que en su destilación final sólo queda una lúcida visión crítica de la realidad. A través de estos *articuentos*, Millás nos muestra una obra en permanente búsqueda de las formas más sutiles para articular lo real con lo irreal, empeñada en representar la realidad con la máxima eficacia posible, desvelando sus ocultos mecanismos y proporcionándoles un sentido del que carecían.

Sus obras han sido traducidas a quince idiomas, entre ellos, inglés, francés, alemán, portugués, italiano, sueco, danés, noruego y holandés.

Texto 2. El hombre que salía por las noches

Juan José Millás

Aquel día, al regresar borracho a casa a las cuatro de la madrugada, encontró en un contenedor de basuras un maniquí desnudo y masculino. Se le ocurrió una absurda idea y se lo llevó a casa, escondiéndolo en el maletero.

A la noche siguiente, en torno a la hora en que solía salir a tomar copas, su mujer empezó a mirarle con rencor. Pero él actuó como si esa noche fuera a quedarse en casa y la tormenta pasó en seguida. Vieron la televisión hasta las once y media y luego se metieron en la cama. Cuando la respiración de ella adquirió el ritmo característico del sueño, él se incorporó con sigilo y tras comprobar que estaba dormida abandonó las sábanas. Inmediatamente, recuperó el maniquí y lo colocó junto al cuerpo de su mujer. Ella se dio la vuelta sin llegar a despertarse y colocó una mano sobre la cintura del muñeco.

Él se vistió sin hacer ruido, salió a la calle y comprobó que la noche tenía aquel grado de tibieza con el que más se identificaba, quizá porque le recordaba el calor de las primeras noches de su juventud. Respiró hondo y comenzó a andar en dirección a sus bares preferidos. Se sentía bien, como si el peso de la culpa le hubiera abandonado definitivamente. A la segunda copa se acordó del maniquí y, aunque sintió una punzada de celos, le pareció que en general tenía muchas ventajas disponer de una especie de doble, si con él evitaba las peleas conyugales originadas por su afición a salir de noche.

De todos modos, ese día volvió a casa en torno a las dos y media, un poco antes de lo habitual. Se dirigió con cautela al dormitorio y comprobó que todo estaba en orden; su mujer continuaba abrazada al maniquí. Con mucho cuidado retiró las manos de ella del muñeco y lo sacó de la cama. Antes de llevarlo al maletero, pasó con él por el cuarto de baño y mientras se lavaba la cara lo sentó en la taza del váter. Le pareció que el rostro de su sustituto tenía un gesto de satisfacción que no había advertido en él cuando lo recuperó del contenedor de basuras, pero atribuyó esta percepción a los efectos de las copas. Tras esconder el maniquí, se metió en la cama y su mujer, instintivamente, se abrazó a él de inmediato.

Al día siguiente, ella le preparó un excelente desayuno, como si de este modo le agradeciera el que no hubiera salido aquella noche. Siendo su tendencia noctámbula el único motivo de discusión que solía enturbiar sus relaciones, las cosas mejoraron con la introducción del maniquí. Pero él ya no disfrutaba tanto como antes. Se le veía por los bares tenso y malhumorado; algunos compañeros de correrías nocturnas empezaron a rehuirle y ahora se emborrachaba solo en el extremo de las barras mientras cantaba canciones de amores desgraciados y de celos. A partir de determinada hora —o de determinada copa— le entraba una especie de fobia que le hacía salir urgentemente de donde estuviera y acudir corriendo a casa. Abría la puerta con cuidado, se descalzaba y caminaba de puntillas hasta la

puerta del dormitorio, donde permanecía un rato con todos los sentidos en tensión para ver si percibía algo.

Después entraba, arrancaba el muñeco de los brazos de su mujer y se iba con él al cuarto de baño. Estaba seguro de que en el rostro de aquel muñeco se producían cambios imperceptibles con el paso del tiempo. La mueca desportillada de los primeros días, que intentaba reproducir una sonrisa, se había convertido en una sonrisa verdadera. Aquel cuerpo rígido había mejorado en general, como si todas sus necesidades, de la índole que fueran, estuvieran siendo satisfechas plenamente en aquella casa. Claro que siempre que contemplaba al muñeco estaba borracho, por lo que podía ser una sugestión promovida por el alcohol. Pero aunque hizo propósitos de enfrentarse cara a cara con él a la luz de día, nunca obtuvo la dosis necesaria de valor para llegar a hacerlo.

Los días fueron pasando y el humor de su mujer mejoró notablemente, mientras que el de él declinaba en dirección a una tristeza sin fronteras. Además, empezó a sentir malestares y dolores que hasta entonces no había padecido. Sus excesos nocturnos le pasaban al día siguiente una factura desconocida para él. Pensó que se estaba haciendo viejo, que debía moderarse un poco más. Pero estos pensamientos le ponían aún más triste, pues sentía que estaba perdiendo al mismo tiempo la juventud y el amor.

En esto, una noche llegó a casa borracho, como era habitual, y tras meter al maniquí en el maletero se introdujo en la cama. Le pareció que las sábanas no estaban lo calientes que debían estar y buscó a ciegas el cuerpo de su mujer para acoplarse a él. Sintió un contacto duro. Subió las manos en busca de los pechos y percibió dos bolas sin pezón, como si se estuviera abrazando a un maniquí. Tuvo un movimiento de terror que controló inmediatamente, por lo que no llegó a abrir los ojos. Se durmió en seguida, aplastado por el peso del alcohol, y al día siguiente, al despertarse, todo parecía normal.

Pero aquella sensación de que su mujer había sido sustituida por un maniquí fue creciendo sin prisas con el paso de las noches. Finalmente, una mañana, al despertar, comprobó que ella no se movía. Al principio pensó que se había muerto por el grado de rigidez y frialdad que mostraba su cuerpo. Pero al observarla más atentamente comprobó que su carne se había transformado en una especie de material duro cuyo tacto evocaba el del cartón piedra o el de una resina sintética. Se levantó con un horror atenuado por la perplejidad de la resaca, se vistió y fue a buscar su maniquí al maletero. Lo colocó junto al cuerpo de la mujer y ambos

muñecos rodaron hacia el centro de la cama, como si se buscaran. Los tapó, salió de casa, y desapareció entre el tráfico sin que se haya vuelto a saber nada de este hombre.

«Ella imagina». J. J. Millás (1994).
(Líneas divisorias: sugerencia de división del texto).

Para saber más sobre su obra y los premios que ha recibido, además de leer su relato «El bígamo», ver el siguiente enlace:

http://www.youtube.com/watch?v=d_G8SaiOT8k&feature=related

4.3. Documentos segunda parte

Texto 1. Técnicas de mercado

Las puertas del metro se abrieron y entró un hombre con el rostro oculto tras una careta del pato Donald que fue a colocarse en un extremo del vagón para dirigirse desde allí al público.

—Buenos días, señores y señoras. Disculpen el disfraz, pero me da vergüenza que me vean la cara, pues soy una persona relevante a la que la vida ha arrojado cruelmente a la mendicidad. Les pido una ayuda en compensación por los buenos ratos que en otra época les he hecho pasar cada vez que encendían la televisión. Dios no quiera que ninguno de ustedes ni de su familia se vea obligado a ocultarse de este modo para conseguir un pedazo de pan.

Dicho esto, el hombre atravesó el vagón con la mano extendida bajo la mirada curiosa de la gente. A mi lado iban dos señoras que se habían subido en Ciudad Lineal con unas bolsas de la compra llenas de pimientos rojos.

—Es Torrebruno —dijo una de ellas.

—Pero si Torrebruno murió hace un par de años o tres —respondió la otra.

—Por eso va con la careta, para que no nos demos cuenta de que está muerto.

Las dos mujeres se echaron a reír estrepitosamente y yo mismo no pude contener una media sonrisa al imaginarme a Torrebruno apareciéndosenos en el metro a estas alturas de la vida.

Junto a este arranque de humor sentí no obstante un escalofrío y después de entregarle una moneda con cierta aprensión, no pude dejar de mirarle mientras se alejaba de espaldas con la goma de la careta atravesándole la nuca: me pareció que había conseguido más dinero del que habitualmente logran los indigentes en el metro, y cuando llegamos a Quintana fui detrás de él hasta el siguiente vagón donde dijo lo mismo antes de extender la mano.

Nadie hizo en esta ocasión ningún chiste. Por el contrario, la gente miró al hombre de la careta con respeto y la mayoría hurgó en sus bolsillos en busca de unas monedas. A todo esto, quizá por sugestión, me pareció que su voz me sonaba de la tele o quizá de la radio, efectivamente, pero no conseguí ponerle un rostro.

En cualquier caso, poseía un timbre muy convincente y tenía cierta capacidad para seducir más por la vía de la solidaridad que la de la pena. En Ventas volví a seguirle por curiosidad hasta el siguiente vagón, observando que un par de jóvenes en los que ya había reparado anteriormente hacían lo mismo.

No sé por qué, se me ocurrió que había entre los jóvenes y el indigente de la careta una misteriosa conexión. Los dos tomaban notas en un bloc de espiral y me pareció que hacían comentarios críticos sobre la actuación del pedigüeño. Me acerqué disimuladamente a ellos en el momento en el que uno decía:

—Es que este Gutiérrez es un genio, no me digas que no. Ha conseguido más de dos mil pesetas en un rato.

En Pirámides no tuve más remedio que bajarme, pues llegaba tarde a una cita, pero el suceso continuó persiguiéndome todo el día. Por la noche se lo conté a un vecino con el que suelo tomar una cerveza antes de cenar y me dijo que el pato Donald y los otros dos jóvenes eran estudiantes de una escuela privada de negocios de mucho prestigio.

—Un sobrino mío —añadió— estudió Empresariales en la Complutense y ahora está haciendo un master en esa escuela. Salen con una formación increíble.

Por lo visto, uno de los ejercicios consistía en desarrollar acciones de marketing para ver qué alumno lograba pedir limosna con mayor eficacia.

Y había ganado el tal Gutiérrez, obteniendo con su original acción unos beneficios equivalentes al salario medio de un médico especialista. En segundo puesto había quedado una chica que pedía limosna de espaldas, detrás de un cartel en el que había escrito: «Mendigo de espaldas porque se me cae la cara de vergüenza».

Siempre me fijo mucho en la gente que pide dinero en el metro, porque no sabe uno cómo van a irle las cosas ni lo que vamos a necesitar en el futuro, pero no me había imaginado que la mendicidad formara ya parte de las reglas del mercado hasta el punto de ser estudiada por las escuelas de marketing.

Desde entonces me fijo más y he notado que los pobres ya no me conmueven por su aspecto, o por la historia que cuentan, sino por su agresividad comercial. Antes era un mero usuario de la pobreza, pero ahora me he convertido en un crítico y no sé si me gusta.

«Articuento 130». J.J. Millás (2002)

Texto 2. Un caso de agobio

Una de las cuestiones más misteriosas de este mundo es el agobio. Hay días en los que tienes poco que hacer y sin embargo vas corriendo de un lado a otro, como si temieras llegar tarde a ningún sitio. En cambio, otros días en los que realmente has de resolver mil asuntos, y a horas previamente establecidas, te mueves con una tranquilidad increíble, dedicándole a cada cosa las energías y el tiempo que se merecen, ni un minuto más, ni una gota de sudor de menos. En otras palabras, que el agobio, como la ideología, guarda muy poca relación con las condiciones objetivas. Mi madre estaba deseando no tener que hacer las camas ni la comida ni dar de comer al canario, pero cuando se murió el canario dejó la jaula en su sitio y le ponía la comida por la noche y se la quitaba por la mañana, como en una versión urbana de Penélope, que tejía durante el día un jersey que destejía por la noche para sentirse agobiada y no para esperar a Ulises, como hizo creer a los críticos literarios. Más aún: cuando me fui de casa, mi madre venía todos los jueves a mi apartamento con expresión de vivir completamente agobiada y me sacaba la ropa limpia de los cajones para llevársela a su casa y lavarla en su lavadora.

—Pero si está limpia —le decía yo.

—Calla, que yo ya sé lo que me hago.

Y yo me callaba si tenía el día tranquilo, pero si estaba agobiado le echaba la culpa de no tener tiempo para hacer algo completamente irrelevante.

Un día, compré un canario y lo metí en la jaula vacía que había en casa de mi madre, para darle un toque de sentido a la realidad. Generalmente, si estoy bien conmigo mismo, no me molesta el absurdo, pero cuando me encuentro un poco agobiado no puedo resistirlo y hago cosas horribles, como comprar pájaros para rellenar jaulas o candados para cerrar cajones. Pues bien, mi madre continuó poniendo alpiste de manera mecánica, sin darse cuenta de que ahora había un pájaro en la jaula.

—¿No te has dado cuenta de que hay un pájaro en la jaula? —le pregunté a los quince días, para ver si me daba las gracias por lo menos.

—Pues claro que hay un pájaro en la jaula —respondió—. ¿Te crees que estoy loca? A buenas horas iba a cambiarle el agua todos los días si la jaula estuviera vacía, con la de cosas que hay que hacer en esta casa.

O sea, que de lo que no se había dado cuenta era de que se había muerto el anterior. Vivía la pobre con una presión enorme por las cosas que se imaginaba que tenía que hacer. Yo soy un poco víctima también de esa tendencia, pero estoy intentando curarme. Por eso no tengo pájaro, aunque he heredado la jaula vacía de mi madre y todos los días he de ponerle de comer a nadie. Qué agobio.

Texto 3. Uno

Elena estaba depilándose las piernas en el cuarto de baño cuando sonó el teléfono y le comunicaron que su madre acababa de morir. Miró el reloj instintivamente y procuró retener la hora en la cabeza; las seis y media de la tarde. Aunque los días habían comenzado a alargar, era casi de noche por efecto de unas nubes que desde el mediodía se habían ido colocando en forma de techo sobre la ciudad. La mejor hora de la tarde para irse de este mundo, pensó cogida al teléfono mientras escuchaba a su marido que, desde el otro lado de la línea, intentaba resultar eficaz y cariñoso al mismo tiempo.

—Yo paso a recogerte —dijo— y vamos juntos al hospital. Tu hermano ya está allí.

—¿Y mi hermana? —preguntó—. ¿Quién avisa a mi hermana?

—Acabo de hablar con su marido y vendrán esta misma noche en un avión que sale a las diez de Barcelona. No te preocupes de las cuestiones prácticas. Arréglate y espera a que yo vaya por ahí.

Elena colgó el teléfono y se sentó en el sofá a digerir la noticia; con la mano derecha iba arrancándose las costras de cera que endurecían la pierna correspondiente a ese lado del cuerpo, mientras sus ojos paseaban por las paredes del salón sin registrar nada de cuanto veían. Cuando regresó al cuarto de baño, la cera se había endurecido, de manera que renunció a depilarse la pierna izquierda. Se quitó la bata y se metió debajo de la ducha en una postura que sugería cierto desamparo, pero no llegó a llorar. Parecía así confirmarse una antigua idea según la cual la muerte de su madre, cuando llegara a suceder, constituiría un trámite burocrático, un papeleo que vendría a sancionar algo pasado, porque para Elena su madre estaba muerta desde hacía mucho tiempo.

Eligió unas medias oscuras para que no se notase que llevaba una pierna sin depilar y se puso una ropa interior algo provocativa que desmentía ante sí misma el duelo que intentaba expresar el oscuro traje de chaqueta rescatado de las profundidades del armario.

Prefirió no maquillarse ni retocarse los ojos, pero se arregló el pelo recogiéndose en la nuca la melena. No quería transmitir desolación, sino un desaliño que podría atribuirse a la prisa por salir de casa una vez conocida la noticia. Dudó si darse un toque de carmín en los labios, pero finalmente decidió que tal como había quedado estaba bastante hermosa, aun cuando se tratara de una hermosura en decadencia por la que habían pasado ya cuarenta y tres años, cuarenta y tres años que no habían logrado destruir el brillo de sus ojos ni corregir el gesto desafiante de sus labios. Se torció la falda para acentuar la sensación de urgencia y regresó al salón, donde lió un porro que fumó junto al ventanal contemplando las oscilaciones de la luz.

«La soledad era esto». J. J. Millás (1990)